

EDITORIAL

LA PEDIATRÍA, CIENCIA DEL CRECIMIENTO Y DESARROLLO DEL SER HUMANO

En las últimas décadas se ha venido integrando, lenta pero sólidamente, un cuerpo de doctrina metódicamente formado y ordenado, que reconocemos con el nombre de Pediatría.

La Pediatría es una ciencia constituida por una muy particular y extensa rama del saber humano, que estudia, investiga y trata de encontrar, entender y resolver, los múltiples problemas que el hombre afronta en su periodo de crecimiento y desarrollo.

La acumulación sistematizada de observaciones, descubrimientos y experiencias cuidadosamente preparadas y analizadas con la mayor severidad soporta con firmeza el concepto originalmente pragmático, posteriormente filosófico y en la actualidad rigurosamente científico, que consagra a la Pediatría como una disciplina perfectamente individualizada y diferente dentro de la amplia y compleja Medicina General.

El crecimiento y el desarrollo del hombre forman ese peculiar marco biológico que estudia y analiza la Pediatría en todas sus implicaciones: genéticas, médicas, quirúrgicas, psíquicas y sociales; implicaciones que agrupan los accidentes de las dos azarosas sendas que ineludiblemente tiene que recorrer el ser humano para alcanzar la madurez física, mental y social, abandonando entonces los dominios científicos y la responsabilidad de la Pediatría.

El crecimiento, el aumento en masa y en volumen de los órganos y sistemas del cuerpo, que velozmente se hiperplasia a fin de estar capacitados para llenar paulatinamente las funciones que requiere la madurez, tropieza con no pocas complicaciones que el pediatra tiene el deber de preveer, conocer y estudiar para intentar corregirlas, basándose en la experiencia adquirida a través de sus constantes estudios clínicos y de investigación.

El complicado desarrollo que ese cuerpo en crecimiento necesita para alcanzar la madurez, pasando por la niñez y la adolescencia, está sujeto a una odisea patológica y de integración, única en su vida, y va envuelto en una cadena de

trastornos ocasionados por deficiencias funcionales y por agresiones ambientales. Ello hizo necesario realizar innumerables experiencias y estudios clínicos exclusivos para esa edad e inaplicables a la patología del adulto, ya que se generan en un organismo que evoluciona, cambia y se equilibra con inusitada y misteriosa rapidez, obligando al pediatra a penetrar más hondo en su observación clínica y afinar su perspicacia para entender e interpretar los signos, los síntomas y los síndromes que el organismo en cambiante desarrollo le presenta.

Estas breves consideraciones nos hacen entender que la Pediatría es una ciencia peculiar y diferente de la Medicina del adulto; porque peculiares y diferentes son la anatomía, la fisiología, la bioquímica y la patología del hombre cuando se desarrolla y crece.

Sin embargo, la Pediatría como ciencia definida y aceptada es joven y por joven, carece de la influencia necesaria para que se le otorgue el sitio que le corresponde en el consorcio científico de la Medicina, muy a pesar de que cuenta con un definido cuerpo de doctrina y con disciplinas metódicas y ordenadas.

Tampoco ha logrado la Pediatría influencia docente para difundir sus conocimientos y experiencias a través de la cátedra, preparando apropiadamente a los médicos para conocer un campo científico tan extraño al campo médico del adulto. Las Escuelas de Medicina de México continúan adheridas a la obsoleta tradición de considerar a la Pediatría como una especialidad concreta y limitada, en vez de aceptarla como una ciencia que obligadamente fomenta todas las especialidades médicas en su mayor amplitud.

Nuestras Escuelas de Medicina apenas conceden a la Pediatría el favor de otorgarle unas cuatrocientas horas en los programas de enseñanza para el médico general. Por docenas se cuentan los países en los que a la Pediatría se le brinda un desarrollo de mil quinientos o dos mil horas durante la carrera médica. Y aún más, hay países en los que se han creado Escuelas de Medicina Pediátrica, formando parte de las Facultades de Medicina.

En nuestro país, el 60% de la población lo forman seres en edad pediátrica: la crítica edad de la integración física y mental para madurar en adultos sanos y capaces. Pero a pesar de la verdad abrumadora de esta cifra, se sigue tratando en nuestras Universidades a la Pediatría como una advenediza de tercera o cuarta categoría y hasta que el estudiante se gradúa e inicia su práctica con niños, escolares y adolescentes, se da cuenta con pavor de la angustiosa laguna que le ha quedado en sus estudios profesionales.

FEDERICO GÓMEZ

Garrow y Pike² demostraron que el niño gravemente desnutrido durante los primeros meses de la vida, cuando es tratado con éxito y regresa al seno familiar, tiene tendencia a crecer más rápidamente y a ser más alto que sus hermanos, que viviendo en el mismo ambiente no exhibían desnutrición avanzada. Es posible que la susceptibilidad individual a la desnutrición esté en relación con mayor potencial genético de crecimiento y por tanto determinante de un mayor nivel de requerimientos nutricionales.¹

El concepto de crecimiento y desarrollo es difícil de definir y los términos crecimiento y desarrollo son a menudo usados en relación íntima, ya que cada uno es dependiente del otro y cualquier intento de separación es artificial, en especial en el niño normal en que son paralelos. No obstante, por conveniencia didáctica algunos autores³ restringen el término crecimiento para referirse al aumento del tamaño físico como un todo o en cualquiera de sus índices. Así el crecimiento tanto puede ser medido en centímetros o en kilogramos como en términos de balance metabólico. Desarrollo indica, para esos mismos autores, aumento en la complejidad de la función y especialización.

Los elementos con que se inicia la vida, citoplasma y núcleo del cigoto, proceden de ambos progenitores. El núcleo contiene los genes, que difieren mucho de un individuo a otro, a pesar de estar formados con el mismo material, y estas diferencias dan como resultado manifestaciones distintas; esa variabilidad de los individuos, dada por la diferencia entre los genes es lo que estudia la genética humana. La mayor

parte de las características o rasgos humanos, normales y anormales, son influidas y modificadas, tanto por la herencia como por el ambiente. No cabe duda de que una de las características del niño normal es el crecimiento y desarrollo y que en ellas participan de manera importante los factores genéticos.

Conviene recordar que las células somáticas de la especie humana poseen 46 cromosomas, y las germinales 23. Los constituyen dos clases de compuestos químicos fundamentales: ácido desoxirribonucleico (ADN) y proteínas, unidos para formar nucleoproteínas. La célula sexual humana contiene cerca de 10,000 genes; probablemente existen billones de genes distintos en los organismos vivos, todos ellos formados por ADN, por lo que cabe preguntarse: ¿qué es lo que hace que un gen sea distinto de otro? La estructura química del ADN puede resumirse, sin entrar en detalles químicos, de la siguiente manera: un azúcar llamado desoxirribosa, un ácido fosfórico y cuatro bases nucleótidas, la adenina, la guanina, la citosina y la timina. Dos bioquímicos, Watson y Crick, visualizaron la manera de colocar juntas todas estas partes para formar una molécula de ADN. Esta molécula semeja una doble espiral; los cordones laterales están formados por la secuencia de desoxirribosa y fosfatos unidos entre sí por las bases adenina (A), guanina (G), citosina (C) y timina (T), la adenina siempre unida a la timina y la guanina a la citosina. Este modelo de la molécula de ADN permite explicar la existencia de una infinita variedad de ge-